

## El Conde del Venadito.

---

### I

No fué necesario que el año de 1816 avanzase gran trecho en la sucesion de sus meses, para convencernos de que la desaparicion del Sr. Morelos de la escena política, habia herido de muerte el progreso de la causa de la Independencia.

Nos faltaba ya el único hombre capaz de organizar sus elementos é imprimirles direccion: la envidia y la intriga de los suyos le impidió haber dado cima á la santa empresa cuyo término no habría ya de deberse á ningun jefe insurgente, sino á un tráfuga del partido realista, inspirado más que en el amor á su patria, en su grande y desmedida ambicion.

000454

Es verdad que la idea independiente y su santa y lejitima aspiracion no habian muerto ni era ya posible que murieran, pero ninguno de los continuadores de la obra del Sr. Morelos, era capaz por sí solo de llevarla á cabo.

En cuanto á union, ninguna existía entre ellos, ántes bien, odiábanse los unos á los otros, y contentos con poder vivir sobre el país y lucir sus imaginarios grados militares, el que más hizo, fué limitarse á evitar en lo posible la activa persecucion que los realistas les declararon.

Es cierto que algunas acciones militares se empeñaron en la provincia de Veracruz, por las fuerzas de D. Guadalupe Victoria, decidido á mantenerse en la ventajosa posicion del Puente del Rey, pero el brigadier español D. Fernando Miyares y Mancebo, se encargó de desbaratar por completo dichos planes, y el recibo de la noticia de su completo triunfo, coincidió con la muerte del heroico gran caudillo

Así, pues, miéntras el partido insurgente perdía su supremo jefe, el realista adquiría un nuevo y notable campeon en el susodicho Miyares: era éste nativo de Carácas, militar jóven y de grande instruccion y pericia, como lo demostró formando el camino militar de Veracruz á Jalapa, empresa que realizó con los famosos rejimientos expedicionarios de las Cuatro Ordenes y el ba-

tallon de Navarra, arribados á Veracruz el 18 de Junio de 1815, en la fragata de guerra "Sabina." Por fortuna de la causa insurgente, Miyares se enemistó con Calleja por celos y rivalidades, y unido esto á la enfermedad que contrajo de resultas de una caída del caballo que montaba, Miyares regresó á España á mediados del año diez y seis, despues de haber estado encargado del gobierno de Veracruz, cuyo castillo de San Juan de Ullua quiso reparar y fortificar de nuevo, lo que no pudo hacer por falta de recursos con que atender al crecido presupuesto de las obras.

Por nuestra parte, una vez disuelto el Congreso de Chilpancingo, por el golpe de mano de los amigos de Terán, todo fué desórden y confusion.

El benemérito D. Nicolás Bravo, no quiso permanecer en Tehuacan, donde tal desacato al principio de autoridad se habia cometido, y se dirigió á la provincia de Veracruz, á reunirse con Victoria, con quien tuvo una entrevista en el fuerte de Palmillas; pero sabedor de que D. Nicolás habia sido recibido en Coscomatepec, con grande entusiasmo, por los testigos de sus valerosas acciones, con buenas palabras, pero con manifiesto celo, le significó que sería conveniente saliera de los dominios de su mando. Así lo hizo, justamente ofendido, tomando rumbo al Sur, en solicitud de D. Vicente Guerrero; al pasar por Tepeji, los par-

tidarios de Terán, ofendidos con Bravo, porque habia desaprobado su conducta, quisieron ponerle preso á pretexto de que caminaba sin pasaporte, como si pudiera necesitarle aquel heroico camarada del Sr. Morelos, y á punto estuvo D. Nicolás de haberse visto precisado á hacer fuego contra los que era racional considerar como amigos y camaradas.

Reunido Bravo con D. Pablo Galeana en Ajuchitlan, tuvo todavía que habérselas con D. Ignacio Rayon, quien gozoso con la disolucion del Congreso, habia vuelto á pretender hacerse cargo del Gobierno supremo, como presidente de la Junta de Zitácuaro y delegado de D. Miguel Hidalgo y de Allende.

Su pretension tenía tantos más visos de necesaria, cuanto que la Junta subalterna de Taretan, nombrada por el Congreso ántes de salir de Chilpancingo, habia sido víctima de un golpe de mano, semejante al dado por Terán. Fué el caso, que D. Juan Pablo Anaya, poniéndose á la cabeza de los que veían con disgusto que la Junta subalterna pretendía abrogarse los poderes y prerogativas del disuelto Congreso, sorprendió á sus miembros en la hacienda de Santa Efigenia y los condujo presos á Ario.

El procedimiento indignó á los comandantes de los pueblos comarcanos, y constituyéndose en jefe

D. José María Vazquez, formó en Uruapan una nueva Junta, que andando el tiempo se denominó de Jaujilla, se apoderó de Anaya y hubiérale fusilado, si el mismo oficial encargado de su custodia, no le hubiese facilitado la fuga.

La inseguridad y el constante peligro á que estaban espuestas toda clase de personas, consecuencia del desórden y desmoralizacion que imperaba entre los insurgentes, fueron causa de que muchos de sus partidarios comenzaran á retraerse y á solicitar indulto, con grave perjuicio y descrédito de la revolucion. Entre los insurgentes, que como he dicho, pidieron insulto á Calleja, figuró en primer lugar el Doctor Cos, que el Congreso habia dejado olvidado en los inmundos calabozos de Atijo, de los cuales logró evadirse, gracias al desórden que como dejo dicho, imperaba en el campo insurgente.

Muchos fueron los insurgentes que en principios de aquel año se acogieron al indulto, ya por no poder resignarse á sufrir las tropelías y maltrato de sus jefes, ya porque arruinado el país sobre el cual vivían, los recursos comenzaban á ser escasos y grandes las privaciones. Esta especie de desbandamiento, fué casi general en el distrito de los Llanos de Apam, en que Osorno se mantenía, y cuyos moradores eran por él vejados y estorcionados de un modo que excede á toda pondera-

cion: sus tropelías llegaron al extremo de incendiar y derribar las iglesias y conventos, como hizo en Zacatlan, con pretexto de que no era conveniente dejar espuestos los sagrados lugares á los sacrilegios y abominaciones de los realistas: los moradores de Zacatlan quisieron oponerse á esta destruccion, pero Osorno les dijo que si persistian en significar aquella resistencia, los haría pasar á degüello. Esto y las derrotas que le hizo sufrir la division de D. Manuel de la Concha, aumentaron las solicitudes de indulto, y dias hubo en que pasaron de quinientas, entre ellas las de muchos jefes; Calleja accedió á todas, y con los indultados formó partidas que á los gritos de ¡viva el Rey! se dedicaron á perseguir con tenacidad á sus antiguos camaradas, siendo tanto más dañinos á los insurgentes, cuanto que por haberlo sido ellos, conocian bien sus guaridas y rara vez dejaban de sorprenderlos y destrozarlos en ellas.

Abandonado por su gente, Osorno tuvo que salir de los Llanos y dirigirse á Tehuacan en busca de la proteccion de D. Manuel de Mier y Terán, al cual no encontró en aquel punto, pues habia salido de su cuartel general, con el fin de hacerse por sorpresa del puerto de Goatzacoalco. El móvil de aquella expedicion, de la que por milagro salió Terán con vida, fué el de posesionarse de un puerto, por el que introducir cierta cantidad de

armamento que compró á D. Guillermo Davis Robinson, que procedente de los Estados Unidos, habia arribado á Boquilla de Piedras. De este puerto era dueño D. Guadalupe Victoria, y tales eran la fraternidad y union entre los insurgentes, que Victoria se negó á permitir el desembarco de las armas, sino se le pagaba una buena cantidad por derecho de tránsito. Victoria no tuvo en cuenta que cuanto mejor se armase Terán, mejor podría servir á la causa insurgente, y por consecuencia, á la suya propia: sólo vió que los tales derechos podrian rendirle una suma de dinero más ó ménos grande, y negó su favor á Terán, ni más ni ménos que á un enemigo.

Terán contó con apoderarse de Goatzacoalco, y no sólo no pudo lograrlo, sino que como ya dije, por milagro salvó la vida, no pudiendo decir otro tanto las infelices tropas que le acompañaron, que en su mayoría perecieron por causa única y sola de Victoria, cuyo egoísmo y falta de confraternidad en aquella ocasion, fueron altamente vituperables. Robinson cayó en poder de los realistas, y aunque solicitó indulto, fué llevado á San Juan de Ullua y más tarde á España, de la que logró escaparse y volver á su patria, donde andando el tiempo escribió un libro titulado "Memorias de la Revolucion de México."

El teatro del desastre de Terán, fué el rancho

de "Playa Vicente;" allí murió el canónigo Velasco, que tanta parte había tomado en la revolución; indultado como ya dije, después de la toma de Oaxaca por los realistas, volvió al campo insurgente, pero no se le reconoció su antiguo grado de general: recurrió entonces al espediente de sentar plaza en un regimiento de dragones de Terán, quien le agregó á su cuartel general.

Tal era el estado de la revolución, pocos meses después de la muerte de D. José María Morelos, único que hasta entonces había logrado en lo posible encauzar aquel deshecho torrente de odios, envidias y enemistades de los jefes insurgentes.

## II

Estas desunión y enemistad en el campo insurgente, eran tanto más sensibles, cuanto que en el de los realistas reinaba no menor desmoralización y disgusto, á causa de los abusos de los jefes, que sólo veían en la guerra un medio de enriquecerse, estorsionando y arruinando el país y su comercio. Dichos jefes retardaban á su antojo la salida de convoyes, con objeto de hacer que escaseasen en los distritos de su mando los efectos de más urgente necesidad, y dar así salida á un elevado precio á los cargamentos que tomaban y expendían por su cuenta. Por estos procedimientos se enriquecieron los comandantes Madrid, Samaniego, Armijo y D. Agustín Iturbide, cuyos manejos fueron tan escandalosos, que Calleja que le profesaba entrañable afecto, se vió precisado á suspen-

derlo del mando y ordenarle se presentase en México á ser juzgado. Farsa y nada más que farsa fué el tal juicio, pues nadie, á escepcion del cura Labarrieta, de Guanajuato, se atrevió á declarar contra un jefe como Iturbide, que se había señalado por sus crueles castigos y venganzas y contaba con la amistad y proteccion del virey.

Calleja declaró calumniosa la acusacion, y dejó á salvo su derecho para contra sus enemigos, derecho del cual no quiso usar Iturbide, echándola de magnánimo y generoso.

Lo cierto es, que en aquellos dias corría generalmente la voz de que los comandantes realistas no se apresuraban á concluir de una vez con la revolucion, por no perder las ventajas materiales que la prolongacion de aquel estado de cosas les proporcionaba.

Ello es que los realistas estaban contentísimos y que las fiestas se sucedian en México, como si fuésemos el pueblo más feliz de la tierra.

El dia 19 de Mayo, se celebró con *Te Deum*, repiques, peseos, iluminaciones y fuegos artificiales, el restablecimiento de los Jesuitas á quienes se dió posesion del Colejio de San Ildefonso, cuyo patio se cubrió con cortinas y tapices, colgándose en cada arco magníficos candiles de plata maciza, que sólo por su peso representaban una muy gruesa suma.

Con motivo del santo del Rey, hubo un magnífico baile en el patio del cuartel de los Gallos, que dieron los dragones del rey; la suntuosidad de aquel baile que costó un enorme dineral, y al cual concurrió todo lo más granado de la sociedad, fué famosísima y llegó á quedar su memoria como proverbial.

El 29 de Junio fué consagrado con no menores lujo y ostentacion, el arzobispo D. Pedro Fonte, quien vestido de pontifical fué paseado por las calles por el Ayuntamiento, repartiendo bendiciones á diestra y siniestra, con gran regocijo del pueblo que ahullaba de gozo y devocion.

El 28 de Julio, el obispo de Durango, Marqués de Castañiza, consagró la iglesia nueva de Loreto, obra casi exclusiva de su familia, y, despues de la catedral, el templo más artístico y bello de México.

En estas andábamos, cuando en la capital se recibió la noticia de haber llegado á Veracruz, escoltado por ocho buques y á bordo de la fragata "Fortuna," el teniente general de la real Armada, gobernador y capitan general de Cuba, Don Juan Ruiz de Apodaca, nombrado sucesor de Calleja en el vireinato de Nueva España.

Desde el primer momento circularon las noticias más favorables del nuevo virey: sípose que era de un carácter enteramente contrario al de su

predecesor, y que léjos de ser como éste, partidario de la guerra de esterminio, venía animado de las intenciones más humanas y conciliadoras.

Los amigos de Calleja y cuantos sin necesidad de serlo participaban de sus instintos sanguinarios, se rieron y no poco de las citadas ideas conciliadoras de Apodaca, cuando se enteraron de que por poco dá al traste con él el cabecilla Osorno, que al frente de la caballería de Terán, le salió al encuentro en la hacienda de Vicencio, próxima á Ojo de Agua entre Perote y Puebla.

Acudió oportunamente en su auxilio el brigadier Márquez Donallo, que en pocos momentos puso á Osorno en completa fuga, tomándole algunos prisioneros. Apodaca mandó ponerlos en libertad inmediatamente, y la Vireyna y sus hijas, dejando su coche, curaron con sus propias manos á los heridos, tanto realistas como insurgentes.

La prueba de las buenas intenciones del Virey, era pues, palmariá, y no faltaron quienes con justicia temieron que decaídos como estaban los ánimos de los independientes, la bondad del Virey perjudicaría á la causa nacional.

A las nueve de la mañana del dia 16 de Setiembre, se recibió en México el aviso de que Apodaca que se encontraba en Puebla, saldría de aquella ciudad el mismo 16, para encontrarse el 19 en la capital. Calleja comunicó inmediatamente las

órdenes para su solemne recepcion, y salió con toda su familia del Palacio para Tacubaya, hospedándose en el que era propiedad de los Arzobispos en aquella villa.

A la de Guadalupe llegó el nuevo virey el dia 19, siendo solemnemente recibido por Calleja, que segun el ceremonial de ley, entregó en la colejita el baston á su sucesor: las autoridades y vecinos principales acudieron á la Villa á felicitar al nuevo jefe, y todos quedaron encantados de su fino trato, amena conversacion y singulares cualidades. Apodaca era en efecto un cumplido caballero, un marino distinguido, hombre de mucha ciencia, y un estimable diplomático, como lo demostró en el desempeño del alto puesto con que se le distinguió de Embajador de España en Inglaterra.

El 20 hizo su entrada en la capital, entre las aclamaciones de la multitud, y los tres dias siguientes se dedicaron á las fiestas y regocijos de costumbre. Calleja salió para Veracruz el 15 de Octubre, y se embarcó para España el 15 de Diciembre: la corte de Madrid le hizo un buen recibimiento, y el rey le condecoró con las Cruces de Isabel la Católica y de San Hermenegildo, concediéndole además el título de Conde de Calderon, en recuerdo de aquella batalla memorable, librada en las inmediaciones de Guadaluajara en 1811.

La fortuna comenzó desde luego á distinguir con sus favores al virey D. Juan Ruiz de Apodaca; noticiosos de su clemencia, multitud de insurgentes continuó acojiéndose al indulto: entre muchos de éstos se hizo notable el del cabecilla Vicente Gómez, cuyas fechorías y bandidaje habian sido tales, segun dejo dicho en alguno de los episodios anteriores, que cuando se presentó en Puebla á las autoridades realistas, el pueblo pidió á gritos su cabeza, y fué preciso poner la tropa sobre las armas para estorbar un motin. Realmente los insurgentes nada perdimos con la defecion de aquel bárbaro mutilador de prisioneros, pero el gobierno colonial halló en él un incansable perseguidor de sus enemigos.

Nuestros desastres fueron en aumento al fin del año: D. Manuel de Mier y Terán fué derrotado en las lomas de Santa María, inmediatas á San Andrés Chalchicomula, por el coronel de Dragones Moran; D. Vicente Guerrero lo fué tambien el mismo dia en la Cañada de los Naranjos, por Samaniego, cerca de Izúcar. Los realistas se hicieron en esta accion de una buena vajilla de plata que usaba Guerrero: el teniente coronel D. José Rincon se apoderó el 25 de Diciembre del puerto de Boquilla de Piedras, sin que D. Guadalupe Victoria pudiese impedirlo. Las tropas del interior quitaron á los insurgentes las fortalezas cons-

truidas en la isla de Janicho, en la laguna de Pázcuaru, y en la isla de Mescala, en la laguna de Chapala. Por último, D. Ignacio Rayon pudo salvar por milagro de que el traidor Vargas le entregase á los realistas del pueblo de los Reyes, de la Provincia de la Nueva Galicia. Vargas en indulto y unido á los realistas salió al alcance de Rayon, que se vió precisado á huir precipitadamente á Apatzingan y atravesar á nado el Rio de las Balsas.

Apodaca premió pródigamente con ascensos y otras recompensas á los realistas que tomaron parte en estas acciones, y esto aumentó su popularidad y su partido, pues obraba de modo distinto que Calleja, quien siempre fué muy parco en conceder grados y premios á sus oficiales.

Otra notable disposicion dictó Apodaca, y fué la "orden circulada á los comandantes de division, prohibiéndoles fusilar arbitrariamente á los prisioneros insurgentes, con los cuales deberian observarse las formalidades prevenidas por las leyes, para la formacion de procesos."

Gracias á Apodaca, los insurgentes no fueron considerados desde entónces como bestias salvajes, indignas de toda humana consideracion.



## III

Como si el haber arribado á Veracruz D. Juan Ruiz de Apodaca, en la fragata "Fortuna," hubiera sido un pronóstico de la que tendría viendo morir la rebelion en los primeros meses de su gobierno, los prósperos sucesos para los realistas que acabo de referir, fueron tan sólo el prólogo de los que se realizaron á principios del año de 1817.

En primer lugar, el dia 7 de Enero se rindió por capitulacion al teniente coronel D. Matías Martin Aguirre, el fuerte de San Pedro de Cópore, construido y defendido por D. Ramon Rayon. Siete meses duró el sitio que los realistas pusieron al susodicho fuerte, y D. Ramon le defendió durante ellos valerosamente, pero al fin la escasez de víveres le obligó á rendirse, celebran-

do una capitulacion altamente honrosa para los insurgentes.

No obstante esto, su hermano D. Ignacio desaprobó altamente su conducta, que fué considerada como una traicion á la causa independiente.

Otro tanto se dijo de la rendicion de Cerro Colorado y Tehuacan, y de la capitulacion celebrada por don Manuel Mier y Terán. el 21 de Enero del mismo año diez y siete. Antes de rendirse Terán combatió como un valiente á los enemigos, y cuando ya no pudo prolongar su resistencia cedió á la necesidad, capituló con muy honrosas cláusulas y salvó á sus tropas de la muerte que con el vencimiento las esperaba. Terán no quiso admitir el empleo de teniente coronel que le ofrecieron los realistas y vivió pobremente en Puebla como escribiente de una oficina. ganando un peso diario. Terán habia convenido con el comandante realista Bracho, que fué con quien capituló, que se le daria pasaporte para salir del país y dinero para gastos de viaje; pero no se le cumplió el ofrecimiento y por eso se resolvió á vivir de su trabajo personal sin solicitar ni admitir cosa alguna del Gobierno colonial.

Por último, cerraré esta série de reveses, noticiando que el dia 11 de Febrero el activo y temible cabecilla Osorno que desde los primeros dias de la revolucion habia sido árbitro y terror de

los Llanos de Apan, se presentó á disfrutar del indulto que desde el dia 4 habia solicitado; con lo cual el Brigadier don Ciriaco del Llano pudo decir con justicia que los veinte partidos que componian la provincia de su mando estaban libres de la insurreccion y restablecidos en ellos el orden y el arreglo de los intereses de la real hacienda.

## IV

Efecto de la calma relativa en que los vecinos habian entrado, merced á la marcha de los sucesos políticos tan favorables á los realistas, causó por aquellos dias gran sensacion un caso que nada tenia que ver por cierto con los asuntos públicos.

Frontero al Hospital de San Pablo vivia en una buena casa que aun se conserva, un buen hombre llamado don Pascual Gayangos natural de Tulancingo, de buena y honrada fama y edad como de cuarenta años.

Hijo de un antiguo barretero criollo quedó á la muerte de su padre dueño de una pequeña fortuna que don Pascual, jóven todavía en aquel tiempo, aumentó tanto con su dedicacion al trabajo como con su matrimonio con una señora española viuda de un contratista del abasto de carnes.

Llamábase doña Manuela, era diez años mayor que don Pascual y extraordinariamente hermosa.

Contaba en la fecha de su matrimonio treinta años, y tales eran su gracia, su frescura y sus atractivos que nadie hubiérala creído mayor de diez y seis.

Desgraciadamente para sus maridos doña Manuela había recidido de la naturaleza con su hermosura, un carácter por demás lijero y predispuesto á galantes aventuras.

Su belleza que, repito, era extraordinaria y esta predisposicion peligrosa le atraian las voluntades de todos los hombres y en su casa se vivia en continuas tertulias y fiestas, con gran pesar de su esposo, por mas que ni el primero ni el segundo hubieran tenido que sufrir falta ni ofensa alguna de doña Manuela.

Antes por el contrario, aquella señora había despedido de su sociedad, á mas de un importuno que suponíendose con derechos que no le había dado osó comprometerla con los transportes de una pasion que casi naturalmente nacia del trato de la hermosa española.

Inocente y buena esposa había sido y continuaba siéndolo, pero la envidia de sus amigas, propia de los caracteres femeniles, no dejaba de haber perjudicado algun tanto su crédito, suponien-

do en ella faltas que puedo asegurar nunca cometió.

D. Pascual durante veinte años de su matrimonio hizo cuanto no es creible para cambiar el carácter de su esposa, pero frisaba ésta en los cincuenta y su hermosura se conservaba tal y tan grande como si solo contase la mitad.

Este no era entonces un fenómeno raro ni lo es tampoco hoy.

No se repite con frecuencia pero muchos casos se dan de él.

Doña Manuela no había tenido hijos de ninguna de sus dos matrimonios.

Quizás esto contribuyó en mucha parte á la conservacion de su belleza.

El hecho es que aun á aquella edad, hombre hubo que locamente se enamorase de ella.

Este hombre fué don Carlos Gayangos, primo hermano de don Pascual.

Las locuras que don Carlos hizo no tuvieron nombre, y pusieron en ridículo á doña Manuela, á don Pascual y á él mismo.

D. Pascual se vió obligado á prohibirle que visitara su casa.

Esto ofendió extraordinariamente á doña Manuela, que siendo como era inocente, creyó que la determinacion de su marido daría mayor incremento á las hablillas contra ella desatadas.

Pero don Pascual se mantuvo firme en su propósito, y don Carlos mas demente cada vez aumentó el escándalo, paseando á todas horas la calle de doña Manuela.

Desde entonces la vida de los dos esposos se convirtió en un infernal suplicio.

D. Pascual comenzó á ver con desden á su esposa, y ésta contaba á cuantos querian oirla que su marido habia llevado su avilantez al extremo de enamorar á sus criadas.

Esto era falso, pero por lo mismo que lo era los mal intencionados aparentaban creerlo y á su vez lo referian á todo el mundo.

A tal extremo habian llegado las cosas cuando se presentó en México y en casa de don Pascual una hermana de doña Manuela, mucho mas jóven que ella, y como ella tan hermosa.

Habia llegado de España y salido de Cadix, en cuyo puerto habia perdido á su marido de resultas de heridas recibidas en la guerra con los ranceses.

D. Carlos se valió de este pretexto para entrar de nuevo en la casa de su primo, al cual pidió la mano de su cuñada quien hallándose viuda hacia tres años, no tuvo inconveniente en admitir los ofrecimientos del primo político de su hermana.

La paz doméstica pareció restablecida, y la casa de don Pascual volvió á animarse y cobrar su antigua vida.

Pero pocos meses despues los murmuradores dieron en decir que don Pascual enamoraba á la hermana de su mujer y don Carlos á la esposa de don Pascual.

La susodicha hermana llamábase doña Luisa y uno de sus mayores encantos, que eran muchos, consistía en sus trenzas de pelo negro tan extraordinariamente largas, que por lucirlas las llevaba casi siempre sueltas y adornadas con lazos de seda roja.

A don Pascual le entusiasmaban aquellas trenzas y de continuo las elogiaba, con gran disgusto de doña Manuela, quien participando de las suposiciones malévolas de los murmuradores llegó á sentir celos y á creer que su marido amaba realmente á su hermana.

Y lo que vino á exaltar el amor propio de doña Manuela, fué que don Carlos concluyó por enamorarse completamente de doña Luisa.

Nuevas tempéstades volvieron á cernirse en el cielo que cobijaba á aquella familia infeliz.

D. Carlos participo de la creencia general y dió por hecho que su primo amaba á doña Luisa.

Quiso violentar su matrimonio con ésta, pero ella enterada de que don Carlos habia enamorado á su hermana, no quiso prestarse á ser juguete de ninguno de los dos y manifestó á su novio que

no se casaria hasta hallarse completamente segura de que era positivamente amada.

Para mejor lograrlo, ocurriósele la descabellada idea de acentuar sus galanterías con don Pascual, y despertar así los celos y el amor firme en don Carlos.

## V

Peligrosos han sido, son y serán siempre estos recursos para conquistar amores y voluntades y así lo atestigua el caso á que nuestra narracion se refiere.

D. Pascual ya no se las entendia entre su mujer, doña Luisa y don Carlos.

Porque debemos hacer constar que lo que menos pensaba nuestro héroe era en enamorarse á doña Luisa.

Pero la semilla de estas rencillas pocas veces deja de fructificar: temiéndolo así don Pascual, procuró distraerse lo mas posible, dedicándose por entero á sus negocios comerciales, extendiendo los antiguos cuanto le fué posible y emprendiendo otros nuevos.

Uno de los últimos que emprendió, fué el de la fabricacion de jabon.

Compró un terreno que lindaba con su casa y en él estableció su fábrica y muy en grande.

Admiracion producía á cuantos la visitaban, el arreglo y comodidad de cada uno de sus departamentos.

No obstante lo asqueroso de esta industria que aprovecha los despojos de animales muertos, se observaba una limpieza extrema en todas y cada una de las dependencias y con este fin cada una de las cinco *paílas* estaba aislada en una pieza construida exprofeso.

La de mayor tamaño media ocho varas de largo por cinco de ancho y estaba formada de magnífica cantería recubierta enteramente de azulejos: en su fondo recibían la acción directa del vivo fuego de los hornos seis magníficos cazos de cobre; cuatro enormes llaves de latón estaban destinadas á dar salida al líquido ya transformado en jabón; la altura de la tina de la paíla era de dos varas y media.

Los operarios bautizaron á esta paíla con la denominación de la elefanta, en razón de su tamaño.

Cuando la elefanta trabajaba, era casi imposible penetrar en su departamento: el hedor que despedían los grasientos restos de los animales, hirviendo en un lago de fuerte lejía de tequesquite, era insoportable: un espeso humo envolvía

y sofocaba á los hombres encargados de mover incesantemente con largos palos el contenido de la paíla.

Estos hombres de pié en fuertes tablones apoyados por sus extremos en los bordes de la paíla, estaban sujetos por la cintura á unas fuertes cadenas sólidamente amarradas á las vigas del techo. Esta precaucion tenia por objeto evitar que el operario cayese dentro de la tina en cuyo caso habria recibido una muerte instantánea y deshéchose su cuerpo en menudos fragmentos.

D. Pascual poseía el secreto de un procedimiento por medio del cual y merced al refuerzo que se daba á la lejía con ciertos agentes químicos de poderosa acción, la destruccion de las materias orgánicas era en extremo violenta y aun los mismos huesos se rompían en pequeños pedazos dejando libre su médula.

Si un desventurado operario hubiera caído en la paíla en aquellos momentos, difícilmente habria podido encontrarse, trascurrida media hora, ni un fragmento de su carne ó de sus huesos á que dar cristiana sepultura.

No obstante estas útiles distracciones, don Pascual no consiguió hacer menos pesada su existencia.

Doña Luisa continuó dando celos á don Carlos con don Pascual, quien repetidamente se veía com-

prometido delante de su esposa por las imprudencias de su hermana.

Doña Manuela acaba por perder la paciencia y al paso que confundía á desprecios á don Carlos que continuaba acosándole con sus galanterías, maltrataba con duras expresiones á doña Luisa y á don Pascual.

Alguna vez llegó á amenazar á uno y otro con nacerlos arrojar á la gran paña.

—Sería—les habia dicho entre veras y burlas, —un gran medio para lavar la mancha que ambos pretendéis echar sobre mi honra, el convertirnos en jabon.

D. Pascual nunca escuchó con gusto esta amenaza: cansado de las impertinencias de su mujer lleg á creerla capaz de cumplir su amenaza.

—Anda tonta, todo ello no tiene mas objeto que hacer rabiar á ese necio de don Carlos y obligarle á enamorarse de mí de un modo que no pueda caberme duda. Suponiendo otra cosa te ofendes y me ofendes: tu marido está ya extraordinariamente viejo para que á mí me guste.

Estas bromitas de doña Luisa no le hacian gracia á don Pascual; no le gustaba que le llamasen viejo.

—Ni lo soy todavía,—contestaba,—ni me considero tan echado á perder que no pueda apasio

narse de mí una mujer, aunque sea tan hermosa como tú.

—Vaya una vanidad!—observó doña Luisa y con maliciosa sonrisa y solo por hacer rabiar á su hermana añadió:—vanidad sí, y sino haz la prueba de enamorarme y verás como te va.

D. Pascual lo haria ó no, pero lo cierto es que doña Manuela continuó poniéndose mas furiosa cada vez y concluyó por tomar verdadero odio á su marido y á su hermana. Un dia le dijo á ésta:

—Te advierto que el mejor dia te curo de tu coquetería.

—Haciéndome jabon?—preguntó doña Luisa riéndose de buena gana.

—No.

—Cómo entónces?

—Rapándote la cabeza.

—Sí, eh? y con qué objeto?

—Imagínatelo tú: toda tu hermosura estriba en tu hermoso pelo: si un dia te lo corto quedarás convertida en un horrible muñeco.

Doña Luisa volvió á reirse de su hermana, pero don Pascual, que como dije, de todo creia capaz á su mujer, le dijo:

—Deja á un lado esas chanzas, y no vayas en un momento de mal humor á cometer tal disparate. Las trenzas de tu hermana son una maravilla digna de ser respetada.